

de caridad, á lo que llama servicio divino, conviene á saber, á prácticas de supererogación, que se ha impuesto sin asomo de prudencia. Se la necesita, reza *Padre-nuestros*; se la busca para un favor urgente, está en la iglesia; nada significan á sus ojos padre, madre, hermanos, hermanas, señores, criados, interín no acabe sus oficios, letanías, rosarios, visitas y adoraciones. Insiste fanáticamente en ellos y es en su apreciación un sacrilegio reprenderle sus culpables negligencias. En vano trataréis de encauzar su descaminado y meticuloso espíritu. El trabajo se le antoja un obstáculo y desorden, por no saber santificarlo. No vé á Dios, sino en la inacción ó á través de fórmulas. Semejante á perezoso reptil que abandona sus hijuelos, y tendido al sol indolentemente sobre el muro, se baña en el dulce calor que penetra por todos sus poros; así se pone en un rincón de rodillas, esperando los rayos del sol eterno, aunque se hunda el universo. Resultado: que hace aborrecible y despreciable la devoción cuando la debiera hacer amar y respetar.

ARTÍCULO VIII

LA VERDADERA DEVOCIÓN ES SOBRIA,
ORDENADA Y REFLEXIVA EN SUS PRÁCTICAS; LA FALSA
INTEMPERANTE, DESORDENADA Y RUTINARIA.

Como por la mano, el examen de la conducta exterior nos lleva al examen de las prácticas. Sobre dos polos gira la vida humana: el polo del espíritu y el de la materia. Ambos deben estar ligados amistosamente y permanecer equilibrados, merced á movimientos armónicos y operaciones convenientes. El hombre no puede impunemente hacer ni de ángel ni de bestia. El papel de ángel le extraía, el de bestia le envilece. Límitese, pues, buenamente á ser hombre, entremezclando cuerdamente operaciones de su doble naturaleza.

Consiguientemente en la devoción, acto humano, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo deben tomar parte. La del alma, ya la indicamos en el prólogo, cuando definimos con Santo Tomás la devoción, «particular disposición de la voluntad, mediante la cual se entrega el hombre prontamente á cuanto concierne al servicio divino.» Disposición que se alimenta y objetiva, en virtud de ciertos actos externos, llamados prácticas devotas.

Que tales actos sean, sobre útiles, necesarios, es doctrina corriente en cuantos han trazado reglas de vida devota, por la siguiente razón. Esas prácticas de devoción son á modo de celestiales avisos que, atravesando nuestros sentidos, se remontan hasta el alma para despertarla, si duerme; estimularla, si se para; llamarla al interior, si lo descuida y echa en olvido; y socorrer, cuando lo necesita, su impotencia. Trátase, pues, de aplicar aquel principio tan trillado de los antiguos como olvidado hoy: «El hombre, como compuesto de alma y cuerpo, necesita de signos sensibles para excitarse y tender á cosas espirituales.» (1)

Las prácticas de devoción son canales por donde corre la plenitud del alma, cuando, tomada del deseo de agradar á Dios, ha menester consignar cuanto siente, y darse cuenta de sus aspiraciones religiosas. Semejante á bosques combatidos por frecuentes aquilones ó auras apacibles, á montañas hirvientes en fuegos subterráneos, á nubes saturadas de fluido, suspira, gime, estalla, sirviéndose al efecto de los sentidos y de fórmulas y de actos externos.

De todo el hombre se apoderan las prácticas devotas; con los santos hábitos ó escapularios que viste, las cruces con que se persigna con mano conmovida, las humildes posturas que adopta, las preces que recita, santifica su carne, los movimientos de su cuerpo, las sacudidas de sus nervios, los latidos de su corazón, las ondulaciones de su pecho, las vibraciones de su voz y ofrece al Señor en un solo acto homenaje completo de todo su ser.

(1) Homo indiget sensibilibus quibus movetur et excitatur ad spiritualia.

Finalmente, las prácticas de devoción, exteriorizando el fervor y santas disposiciones del alma, ceden en edificación del prójimo; y cuando se tienen en común por gran número de siervos de Dios, agrupan y aúnan sus fuerzas espirituales y hacen más fecunda la influencia de su piedad y virtud, por revestir el carácter de culto social. Son, por ende, sobre útiles, necesarias. Los que las menosprecian como pueriles superfetaciones, desconocen de todo en todo la naturaleza humana. Se concretan á decir: «Me basta adorar en silencio á Dios, y abrearme misteriosamente de su esencia.» Vaciedades; pedantes aseveraciones cuya falsedad se evidenciaría, si pudiésemos tocar sus almas, jamás humedecidas por el celeste rocío, que se jactan de recibir en secreto. La misma utilidad y necesidad de las prácticas devotas exige que se las estudie y trate con consideración y metódicamente. Su número, orden y modo de ejecutarlas nos dan tres caracteres diferenciales entre la verdadera y falsa devoción; sobria, ordenada y reflexiva aquélla, ésta intemperante, desordenada y rutinaria.

«Quien mucho abarca poco aprieta», dice un popular proverbio, aplicable á todos los negocios humanos, pero en especial á los ejercicios religiosos. La naturaleza tiene sus limitaciones en el orden espiritual como en el temporal, y no se traspasan impunemente sino que acarrear siempre los excesos funestos retornos, descorazonamientos, abandonos, desconfianzas, hijas de nuestra debilidad. Debe haber prudente selección en la inmensa multitud de prácticas destinadas á ayudarnos y fortalecernos, so pena de que el hacinamiento nos acartee una especie de plétora que nos fátigue y esterilice. Muchos y muy variados ejercicios, lejos de ayudar, retardan la perfección, objetivo final que nunca debemos perder de vista. «Imposible ponderar, dice San Francisco de Sales, cuánto dificultan nuestra perfección esa variedad de prácticas que nos roban la tranquila y dulce atención, indispensable para que haga-

mos por Dios todas nuestras obras.» (1) Y en otro lugar: «Los que asistiendo á un festín van picando en todo y gustando un poco de todos los platos, estropean su estómago, tienen indigestiones que les quitan el sueño, y son causa de que estén toda la noche desvelados.» Lo mismo acaece á las almas que quieren ensayar todos los métodos y cuantos medios nos conducen ó pueden conducir á la perfección; no echan por buen camino; porque careciendo el estómago de su voluntad del calor necesario para digerir y asimilarse tantos medios, se produce en su alma tal empacho que la privan de la paz y tranquilidad espiritual, única cosa necesaria, en sentir de nuestro Salvador, que María escogió y nadie puede quitarle.» (2) «Poco y bueno», era la divisa de San Francisco de Sales, divisa adoptada por la verdadera devota. Elige sus prácticas, como un hombre sobrio los platos; limita el número según su temperamento espiritual, sus disposiciones y su condición; prefiere sumar á restar, sobre todo en materia de mortificación tan opuesta á nuestro natural. Su misma moderación la obliga á hacerlo bien y á permanecer fiel. Sorteando la turbación, la precipitación, la inconstancia, que malean nuestros mejores ejercicios, y les hace perder su fruto. En una palabra, procura convertir su vida, no en una vida anémica, sólo fecunda en inútiles ramas y follaje, sino en una vida sólida, fuertemente arraigada, rica en frutos y toda dedicada al amor de Dios.

Moderada en la cantidad de las prácticas, encuentra grandes facilidades para metodizarlas y ordenarlas. Cada cosa en su tiempo; y como su horario no está recargado, siempre está libre y dispuesta para cumplir sus ejercicios, clasificados en cuanto al tiempo y á la dignidad. Al llegarse á Dios en demanda de perdón para sus culpas, quiere conocer á las claras, acusarse sin paliativos ni disfraces, corregirse sin piedad. Una fe viva, confianza sin límites, tier-

(1) *Sermones para el primer domingo de Cuaresma*, citados por Baudry.

(2) *Plática IX*, citada por Baudry.

no y ferviente amor, verdadera humildad, recogimiento profundo: tales son las disposiciones que ofrece al Dios que anhela descender á su corazón bajo anihilante forma. Prolonga las dulzuras de su intimidad con ardientes acciones de gracias y piadosas efusiones y recuerdos. Si no tiene la dicha de recibirle cotidianamente, cuantas veces está en su mano, asiste al incruento sacrificio, y llama á la puerta del tabernáculo donde Él reside, y desde donde convida á las almas que gimen bajo el peso de los trabajos y penalidades de esta vida. La oración, la lectura espiritual y edificante son como el pan cotidiano de su piedad; pan con el cual se vigoriza, cobra alientos, y se prepara á sabrosísimas familiaridades con su adorable dueño, Jesucristo. Confesión y comunión frecuentes, asistencia al santo sacrificio de la misa, visita al Santísimo, oración mental, rosario, selecta lectura espiritual, son las prácticas principales que el alma verdadera devota ha tenido el buen cuidado de establecer primaria y sólidamente, en la persuasión de que sin ellas, las demás cosas son superfetaciones.

No es esto decir que tenga en poco cuanto la piedad intenta para agradar á Dios: estima lo que la Iglesia aprueba, y su instinto de orden, nunca la abandona en sus apreciaciones.

Las prácticas más nobles, antiguas, venerandas y universales ocupan en su corazón lugar preferente; y sabe dar de mano á lo que menos la aproxima á Dios. La importan un bledo vanos escrúpulos, como su voluntad no flaquea; y no se turba por leves omisiones, con tal de cumplir con lo principal del mejor modo posible.

Esto sí la preocupa. Penetrada el alma devota de estas palabras del Evangelio; «Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu y verdad» (1), le busca ante todo en la oración. Sin estrépito de palabras le pide conocimiento de

(1) Spiritus est Deus et eos qui adorant eum in spiritu et veritate oportet adorare, (S. Juan, cap. IV—v, 24).

sus imperfecciones, corrección de sus faltas, aumento de fe y de amor. Vive en intimidad con Él, goza de su presencia; y al pasar después á actos externos, pone su alma entera en cada movimiento que realiza, en cada fórmula que recita. Nada se sustrae en sus ejercicios á la vivificadora influencia de su reflexión continua y atención, jamás interrumpida á sabiendas.

Toda su personalidad ora á un tiempo, y por unánime conspiración y orientación de su cuerpo y de su alma se pone toda en mano de Dios.

¡Cuán diferente en sus respectivas prácticas la pseudo-devoción! Pero antes de retratarla, recordemos previamente cuanto hemos dicho á propósito de los actos externos manifestativos de la devoción, y añadamos para evitar confusiones, primero: que nunca serán demasiados tales, actos, si son posibles y están ordenados convenientemente; y segundo: que por insignificantes y baladíes que parezcan, jamás debe tenérseles en poco, si al alma pueden servirle de prenda de amor filial y para entregarse totalmente á Dios. Lo que ahora vamos á reprobar es la intemperancia, el desorden y la irreflexión.

El ánima falsa devota es la intemperancia misma. Jamás se sacia de ejercicios piadosos. Su voraz apetito no se apacigua si no prueba de todo. Quiere pertenecer á todas las cofradías, asistir á todas las novenas, unirse á todas las intenciones. Se afana por encontrar novedades. ¡Cuántos rosarios al día, cuántas letanías, cuántos oficios parvos, cuántos *Padrenuestros* por esta intención, cuántas *Avemarias* por aquella otra, cuántas oraciones extralitúrgicas, que saca y copia de todos los libros que le vienen á la mano! Pertenece á esas almas, de quien habla San Juan de la Cruz, «que se cargan de imágenes, rosarios y cruces y van arreadas de *agnus Dei* y reliquias y nóminas como los niños con dijes (1)...; crean que más se hacen á sí la fiesta

(1) *Noche oscura* Lib. I. cap. III.

que á Dios» (1). Son de aquellos avaros espirituales de quienes dice San Francisco de Sales, que apetecen, buscan y se dan á ejercicios con la esperanza de llegar antes á la perfección; como si la perfección consistiera más en la multiplicación y curiosidad de nuestros actos, que en la intención y cuenta con que los hagamos. «Son aquellos glotonos de que más arriba hicimos mención»: que en un festín pican de todo y golosinean todos los manjares; ó más bien, niños mal educados, con ojos más grandes que su apetito, y que sin reflexionar en lo débil de su estómago, nada dejan pasar en la mesa sin pedirlo, importunando al papá y á la mamá, hasta que les conceden lo que después los indispone y hecha á perder el estómago. Resumamos: el falso devoto intemperante en sus prácticas, engulle cuanto vé: se hinche, se atrofia; y su forzada naturaleza acaba por disgustarse y hastiarse de toda suerte de viandas, y dejarlo todo con gran confusión y detrimento del alma, que de fervor inconsiderado pasa á una tibieza funesta.

Tibieza que principalmente se echa de ver en las prácticas de mortificación, cuando se asumen sin consejo y se multiplican sin discernimiento.

Ordenar considerable número de prácticas es de suyo enojoso, así que el falso devoto, sorprendido por las obligaciones, que, á tontas y á locas se ha impuesto y en número tan extraordinario, que igualan á los minutos del día, no sabe ni por donde comenzar ni por donde acabar. A nada que se retrase, se ve cogido como en un lazo, del que no escapa, sino metiéndose en un lío de prácticas, en las cuales apenas si á sí mismo se encuentra. Para colmo de males, su alma es inquieta y escrupulosa y no sabe regular sus preferencias. Concede importancia á naderías sin fuste y se cree infiel, omitiendo el cumplimiento de nimiedades y fruslerías. Cae en una especie de superstición, que la encadena á prácticas insustanciales y la hace des-

(1) *Subida al monte carmelo* Lib. III. car. XXXV.

preciar ó llenar mal las serias obligaciones que constituyen el fondo de la vida espiritual. Las más valiosas prácticas sufren de rechazo esa excesiva adherencia á cosas sin tono y aprecio.

Por ejemplo: economiza tiempo en disponerse á recibir los santos sacramentos con el fin de tenerlo para recitar multitud de fórmulas. Lee más bien opúsculos insulsos y melindrosos, que las sólidas obras de los santos y sabios maestros de la vida espiritual. No dudará de la importancia de la oración; pero parece ignorar que este santo ejercicio es tan esencial á la vida devota, como la respiración á la corpórea: que es imposible prepararse á la comunión frecuente, sin poner gran cuidado de entrar en sí misma, enmendarse, avanzar de día en día en la inteligencia de los divinos misterios y en el amor de las cosas celestiales, y vivir casi continuamente en presencia de Dios.

Su oración, su examen, sus lecturas pías padecerán antes que deje de rezar su rosario de la santa esclavitud, su corona de los siete dolores y cien otros detalles de menor cuantía, que nunca deben figurar entre los hábitos de una vida devota, ínterin no se hayan consolidado los actos principales. Rinde sus homenajes á Ntro. Señor; adora casi á la Virgen, pero capaz es de posponerlos á San José ó á cualquier otro santo del Paraíso. Las prácticas nuevas en especial, sobre todo si son extranjeras, los deberes particulares, sobre todo atañaderos á contado sinnúmero de personas, á eso otorga derecho de prelación y no á las nobles, antiguas y universales prácticas, mil veces recomendadas y bendecidas por la Iglesia. El florista, al coger rosas, tiene buen cuidado de disponerlas con orden y colocar en primer término las de más gayos colores y esplendentes formas: todas las demás quedan como eclipsadas por las reinas del ramillete.

Arte ignorado por el falso devoto. En el ramillete de oraciones y obras pías, que deposita ante el ara de Dios, aparecen confundidas las rosas con vulgares hierbajos de

escaso valer: más que ramillete, es un puñado de plantas cogidas y atadas sin orden ni concierto y arrojadas á los pies del Señor, que tanto se paga del orden y de la armonía en nuestra vida.

La intemperancia y el desorden conducen fatalmente á la rutina. La atención desmaya, la reflexión se evapora en la multiplicación y mal arreglo de los actos externos; de ahí el farisaísmo que ora mucho, pero convierte la oración en mecánico movimiento de los labios; farisaísmo de que se lamentaba el Señor, cuando decía «Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí.» (1) Encuéntranse hoy muchos fariseos, decía un ilustre místico medioeval, hermano nuestro en Santo Domingo, Juan Taulero; entienden en obras exteriores que revisten visos de piedad, y desconocen el culto interno..... llevan á cabo proyectos grandes en apariencia, visitan todos los lugares en busca de indulgencias, golpean su pecho, se extasían ante bellas imágenes, híncanse de rodillas, pasean por todas partes, y, con todo, nada de eso es acepto al Señor (2). Y en un sermón de Epifanía.—«Los hay tan locos, y se preocupan de tal manera de sus necias fórmulas y ejercicios, que Dios mismo se ve en la triste precisión de oírlos hasta el fin» (3) ¡Qué bien retrata á la falsa devoción, anegada en actos exteriores, y condenada por su intemperancia y falta de juicio á aislar su espíritu de las oraciones que ensarta, no viniendo á ser más que una máquina sagrada! Capaz es el arte humano de fabricar parecidos aparatos; y no quedaría Dios por ello menos loado, adorado y servido,

¿A qué acrecentar prácticas piadosas, si han de despeñarnos en la rutina y el desorden? Acojámonos al proverbio de San Francisco de Sales, que es tan práctico, «Poco

(1) *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.*—San Mateo, 13-8.—(2) Domin. XVIII, post. oct. Trinit.—Sermón citado por monseñor Laudriot, *Femme pieuse.*—(3) Domin. XVIII, post. oct. Trinit.—Sermón citado por Laudriot; *Femme pieuse.*

y bien». Pocos actos, mas bien escogidos; pocos actos, pero bien ordenados: pocos actos pero vivificados de espíritu interior. Sobriedad, orden, reflexión en las prácticas son los últimos caracteres distintivos de la verdadera devoción.

Y ahora apartando los ojos de figuras terrestres, contemplemos, si á bien lo tenéis, celeste aparición.

ARTÍCULO IX

UN TIPO COPIADO DE LOS SANTOS PADRES

Llábase María. ¡María! Nombre profético de sus grandezas, de sus virtudes, de sus altos hechos, de sus legendarias proezas.

Fruto bendito de la vejez de dos santos, pertenecía á la decaída familia de los Reyes de Judá, y entroncaba por su ilustre sangre con los primeros herederos de las promesas divinas: Abrahám, Isaac, Jacob y Daniel eran sus abuelos.

Nació sin embargo, en la obscuridad, confundida con la anónima plebe, que esperaba el gran acontecimiento; sin figurarse que llegaría á tomar en él parte, á no ser por sus deseos respetuosos.

Todo estaba preparado para la venida del Mesías. Las profecías se habían cumplido, los movimientos de las antiguas naciones habían acabado. Judá había bebido hasta las heces el cáliz de sus dolores y pedía al cielo un consolador.

¿Quién hubiera pensado que la humilde hija de Joaquín y Ana sería madre de Dios?

Y era ella, no obstante, la escogida por el Señor. ¡Ella! La mujer fiel del primero de los oráculos, llamada á quebrantar la cabeza de la serpiente: virgen pura, anunciada por Isaías, concebía al Emmanuel: madre milagrosa, prevista por Jeremías, llevaría en sus santas entrañas al hombre por excelencia; fuerte Judit, amable Ester, salvaría á su pueblo de la muerte.